

La noción de problema como universal concreto en Deleuze. Una lectura de la síntesis ideal de la diferencia

The Notion of the Problem as a Concrete Universal in Deleuze: A Reading of the Ideal Synthesis of Difference

Santiago Lo Vuolo*
Universidad Nacional del Litoral
santiagolovuolo@gmail.com

DOI: 10.5281/zenodo.14245337

Recibido: 28/08/2024 **Aceptado:** 14/11/2024

Resumen: El cuarto capítulo de Diferencia y repetición es uno de los más complejos de toda la producción filosófica de Deleuze. Mi intención en este artículo es hacer una aproximación a la red de conceptos que lo componen a través de una clave de lectura: la elaboración de la noción de problema como un universal concreto. Veremos que para Deleuze la diferencia permite comprender las articulaciones del ser como devenir y del sentido como efecto. En ese marco, lo universal y lo singular se relacionan íntimamente a través del planteamiento de los problemas. El desarrollo de esta síntesis diferencial permite dar cuenta del estatuto objetivo de los problemas, en la medida en que conforman verdaderas estructuras, así como la instancia en que se generan sus actualizaciones diversas.

Palabras clave: Deleuze, Diferencia, Problema, Kant, Cálculo diferencial.

Abstract: The fourth chapter of Difference and Repetition is one of the most intricate in Deleuze's entire body of work. In this article, I aim to explore the network of concepts within this chapter through a specific lens: the development of the notion of the problem as a concrete universal. Deleuze shows that difference is key to understanding the articulations of being as becoming and that of sense as effect. In this context, the universal and the singular are deeply intertwined through the formulation of problems. This differential synthesis reveals the objective nature of problems, showing that they constitute genuine structures and shape the diverse ways in which they are actualized.

Keywords: Deleuze, Difference, Problem, Kant, differential calculus.

* Santiago Lo Vuolo es argentino, Doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, profesor Adjunto en la cátedra Introducción a la problemática filosófica (Licenciatura en Filosofía, UNL), profesor Adjunto en la cátedra Filosofía (Licenciatura en Artes visuales, Universidad Autónoma de Entre Ríos), jefe de trabajos prácticos en la cátedra Introducción a la filosofía (Licenciatura en Psicología, UADER) y ayudante de cátedra en la cátedra Antropología (Licenciatura en Filosofía, UNL).
<https://orcid.org/0009-0003-1277-8178>

1. Introducción

¿Qué muestra Deleuze cuando, a lo largo de *Diferencia y repetición*, recorre la historia de la filosofía desde el punto de vista de la diferencia? En principio, se diría que el recorrido muestra las diversas maneras en que la noción de diferencia ha sido relegada a un rol secundario respecto de la identidad. Sin embargo, la obra tiene mayores intenciones que esa contraposición histórica: pretende recuperar, no sólo el carácter irreductible de la diferencia, sino su rol constitutivo. Deleuze pone de relieve el modo en que la diferencia articula instancias diferentes para producir nuevas diferencias.

En este artículo propongo una lectura detallada de cuatro aspectos principales que dan cuenta de ese rol constituyente de la diferencia: a) la articulación de lo indeterminado, lo determinable y la determinación; b) el proceso diferencial en que se modula esa articulación; c) la constitución de problemas como campos de resolubilidad; d) la estructura genética de la diferencia. Estos cuatro pasos son presentados en la primera mitad del cuarto capítulo de *Diferencia y repetición*, titulado “La síntesis ideal de la diferencia”; un estudio pormenorizado de estas secciones es fundamental para comprender el alcance de la apuesta deleuziana. La propuesta de este trabajo es abordar las difíciles referencias a los distintos campos de la filosofía y de la matemática con los que Deleuze compone su teoría y mostrar sus puntos de articulación. La hipótesis de lectura que propongo es que el proceso de articulación diferencial supone una crítica del universal abstracto para dar con lo universal concreto. Más específicamente, lo que se descubre como universal concreto es la Idea-problema. Así, la noción de problema como universal concreto, que Deleuze asigna como síntesis característica de la diferencia, constituye el eje del proceso elucidado en las primeras secciones del capítulo en cuestión.

2. En medio de *Diferencia y repetición*

Se podría pensar que los tres primeros capítulos de *Diferencia y repetición* están atravesados por una suerte de dualismo, aunque más no sea un dualismo expositivo: el fondo, por un lado, la forma, por el otro; la diferencia y la identidad. Ciertamente, hasta el cuarto capítulo Deleuze ha insistido sobre la presencia espectral de un fondo indeterminado que desborda y pone en crisis la superficie de

nuestra experiencia empírica del mundo. La diferencia y su repetición se elevan con ese fondo que no puede ser conjurado más que fallidamente por las operaciones de la representación. El primado de la identidad logra estabilizar el pensamiento y le provee de herramientas para ordenar lo dado y comprender armónicamente su despliegue metafísico, pero tarde o temprano emerge la bestia, es decir, aquello que no podemos reconocer bajo ninguna forma empírica y entonces la estupidez (*bêtise*) toma la iniciativa. Quedamos aturdidos. En el mejor de los casos, de ese encuentro surge la potencia de tomar las formas empíricas como punto de partida para un pensamiento de lo informe, del sin-fondo y del sentido que se constituye a partir del sin-sentido. Ahora bien, esta última posibilidad supone que el ascenso del fondo, de lo indeterminado, del sin-sentido, se inscriba en un proceso de determinación, es decir, que no tenga como único destino la destrucción de las formas y la disolución de la experiencia. Para que sea en sí misma una experiencia del pensamiento, falta decir cómo se relaciona lo indeterminado con la determinación. A esa tarea se dedica el capítulo IV: *Síntesis ideal de la diferencia*.

Cuando el pensamiento se abisma y encuentra relaciones en lo indeterminado, descubre las estructuras por las cuales las cosas son lo que son. El campo virtual de las Ideas-problemas es ese tejido de relaciones que producen determinación en un vínculo indisoluble con lo indeterminado. En ese sentido, la búsqueda de la estructura, de la instancia determinante que en sí misma es indeterminada, pero también determinable y determinada, resulta en el descubrimiento de una problemática, de una instancia diferencial, ya que *reúne* sin colmar la diferencia, sin suturar las grietas.

En los primeros tres apartados del capítulo vamos a encontrar una fundamentación de los caracteres de la noción de problema que Deleuze ya había adelantado en la crítica de la modalidad de las soluciones como imagen del pensamiento (capítulo III de *Diferencia y repetición*). Vamos a ver, pues, más allá de la disolución de las formas que supone el ascenso del fondo a la superficie, qué significa que el problema presente una función de reunir, de prestar sistematicidad a partir de su carácter de continuidad ideal, qué significa que el problema constituya una objetividad, por qué tiene la capacidad de engendrar sus soluciones a partir de la resolubilidad definida en sus propias condiciones, en qué sentido la verdad o la

falsedad remite al carácter del problema, por qué es un universal concreto y por qué es inmanente a las soluciones y trascendente a ellas al mismo tiempo.

Ese capítulo es quizás el más denso de todo el libro. En comparación con el capítulo anterior, sobre la imagen del pensamiento, que iba construyendo a la vez la historia de las figuras de la representación y la de sus subversiones, el capítulo IV carece de épica, pierde el tono de aventura, que acaso emparentaba la búsqueda con una *fenomenología del espíritu*. El proyecto de dar cuenta de la síntesis ideal de la diferencia, es decir, del modo en que la diferencia, en lugar de una pura destrucción es una síntesis de lo indeterminado y la determinación, ese proyecto es realizado a partir de discusiones que a primera vista pueden resultar pura erudición: Deleuze nos lleva de la dialéctica trascendental kantiana a la filosofía en torno al cálculo diferencial. *¿Era necesario ese pasaje por el cálculo?*, podemos preguntarnos. Lo cierto es que, si nos dejamos llevar por esos conceptos matemáticos, nociones como la de lo continuo, lo invariable, la unidad y la pluralidad, el universal concreto, adquieren una nueva claridad. Se trata, pues, de un recurso: apelar a ese campo puramente conceptual, encontrar allí, fuera de las imágenes intuitivas, la pura definición de un concepto que venimos acarreado desde los capítulos anteriores. El pensamiento sin imagen, en tanto pensamiento que se construye a sí mismo, tiene en este terreno matemático un lugar especial: no necesariamente de privilegio, pero sin dudas de afinidad. Por lo demás, hay al menos un elemento histórico que justifica a priori la construcción de una narrativa sobre la filosofía de la diferencia que pasa necesariamente por la teoría del cálculo diferencial: Salomon Maïmon, filósofo poskantiano, incorpora el pensamiento diferencial que proviene de Leibniz para objetar a la *Crítica de la razón pura* que no puede dar cuenta de la génesis de la experiencia y que se limita a un dualismo de lo indeterminado y la determinación, las intuiciones y los conceptos, un dualismo inaceptable para la filosofía trascendental.

La teoría general del problema y de la síntesis ideal correspondiente comienza, pues, con una indagación de la noción de Idea como problema en la *Crítica de la razón pura*. Ciertamente, la noción de Idea asociada a la de problema ya aparecía en capítulos anteriores de *Diferencia y repetición*, y especialmente en el capítulo sobre la imagen del pensamiento. En el capítulo IV, Deleuze va a desplegar del modo más extenso y comprensivo esta teoría que vincula la Idea al problema. Encontramos aquí, pues, al mismo tiempo y del modo más acabado tanto la

noción de universal concreto como la de mecanismos diferenciales, la noción de problema y la de fetiche e incluso la puesta en relación de estas nociones con pensadores contemporáneos de Deleuze, vinculados al estructuralismo. En este sentido, la teoría general del problema se convierte al mismo tiempo en una indagación sobre ciertas problemáticas específicas.

Adelantemos un aspecto más específico de la hipótesis que guiará la lectura: un problema es un verdadero problema en la medida en que se comporta como un universal concreto, cuya comprensión es igual a su extensión. Es decir, el problema es verdadero si el sentido del problema (su comprensión) se despliega en toda la variedad de soluciones que es capaz de producir (su extensión). Un problema es un falso problema si se comporta como un concepto general del entendimiento, cuya comprensión supone una extensión = 1. El falso problema es un universal abstracto: es la generalización a partir de un caso, la creación *ad hoc* de un problema para una respuesta que ya está dada. Por eso la comprensión del problema se agota en ese único caso, al que expresa de un modo general. Además, un problema es verdadero en la medida en que lo indeterminado despliega su determinabilidad como determinación recíproca, es decir, en la medida en que lo problemático no se determina en las soluciones sino en su elemento problemático. Un problema verdadero es creador de sus soluciones. Por el contrario, el planteamiento del problema está subordinado a las soluciones en la medida que éstas aparecen como la única instancia que puede determinar el carácter indeterminado del problema, es decir, cuando se supone que son las soluciones las que dan las condiciones de posibilidad del problema.

3. La instancia problemática y sus valores lógicos

Asociar la noción de Idea con la de *problema* en Kant no es una operación forzada por Deleuze, ya que es una relación que aparece en el prefacio mismo a la segunda edición de la *Crítica de la razón pura*. Deleuze cita el pasaje B XXIII donde Kant señala que la razón pura especulativa “puede y debe enumerar exhaustivamente las distintas formas de proponerse tareas y bosquejar así globalmente un sistema de metafísica” (1978, p. 23).¹ Pero el ejercicio deleuziano tiene la singularidad de

¹ “Proponerse tareas” es la traducción que vierte Ribas de la expresión alemana “sich Aufgaben vorzulegen”; la traducción al francés que usa Deleuze la expresa como “se poser des problèmes”.

fijarse en un aspecto que suele ser pasado por alto cuando se lee la *Crítica* como un abandono de las Ideas metafísicas en tanto objetos más allá de la experiencia. Así, Deleuze construye su elucidación de la noción de Idea-problema atendiendo especialmente a la Dialéctica trascendental. Desde ese marco, Deleuze plantea que la razón, como facultad que piensa las Ideas, tiene la facultad de constituir problemas. Define esa facultad como la capacidad de “reunir en un todo el curso del entendimiento concerniente a un conjunto de objetos” (1968, p. 219).²

Kant descubre, siempre según la lectura de Deleuze, en esa facultad, un uso positivo de las Ideas, una función reguladora: su fin es regular la aplicación de los conceptos del entendimiento a los objetos de la experiencia, dando a esa aplicación un máximo de extensión y comprensión. La Idea, en tanto instancia problemática, tiene la función de reunir. La concepción de un problema da al curso de las investigaciones parciales del entendimiento una unidad sistemática. En los términos de la teoría de las facultades, se diría que, si el entendimiento permaneciera prisionero de sus trabajos empíricos, no se elevaría hasta ese problema unitario. Las diferentes respuestas no llegarían a constituir una solución. El problema es la única instancia sistemática y unitaria y por lo tanto es la instancia que da integridad a las distintas respuestas como casos de una solución general. La conclusión que obtiene Deleuze es que los problemas no se diluyen con la aparición de soluciones, sino que la producción de soluciones es posible porque los problemas cumplen su función.³

Finalmente, en este contexto kantiano, se repite el planteo del carácter inmanente y trascendente a la vez de los problemas: la unificación que proveen las Ideas puede tener la forma de un *foco* más allá de la experiencia o de un *horizonte* como fondo en el que los conceptos del entendimiento (elementos de las diferentes investigaciones) se reflejan.⁴

La noción de problema ya había sido presentada en el capítulo III, en ocasión de la crítica al postulado del pensamiento que da prioridad a las soluciones. Al

² Deleuze refiere a un pasaje de la Sección segunda del Libro Primero de la Dialéctica trascendental (B359).

³ Deleuze refiere al pasaje B384 de la primera *Crítica*.

⁴ En el Apéndice a la Dialéctica trascendental, encontramos tanto la noción de *foco* como la de *horizonte*. En B672, Kant da cuenta de la función de *foco*. Y en B686, aparece la noción de horizonte.

respecto, esta recuperación de la Idea kantiana no brinda aún nuevos elementos. La novedad que trae este contexto kantiano es el de la descripción de la Idea con tres valores lógicos: lo indeterminado, lo determinable y la determinación. Esa novedad será clave para la teoría deleuziana que anticipamos en la introducción: el proceso de determinación de lo indeterminado. Veamos.

Si la Idea tiene la función de reunir, la tiene en tanto instancia indeterminada, pero objetiva. “Los problemas tienen un valor objetivo”, dice Deleuze con Kant (1968, p. 219). Ahora bien, el objeto de la Idea no es un objeto de la experiencia, es un objeto problemático: el objeto de la Idea es “el problema en tanto problema” (1968, p. 219). Así, el valor que corresponde a la Idea en tanto problema es el de lo *objetivo* al mismo tiempo que el de lo *indeterminado*. La audacia conceptual de Kant es advertida por Deleuze: lo indeterminado es objetivo y es justamente en tanto indeterminado que cumple su función integradora, su prestación de un “máximo de unidad sistemática” (1968, p. 220).

Esa indeterminación es sólo el primer momento de la Idea como instancia problemática, porque la función que cumple en relación con los objetos de la experiencia vuelve a la Idea-problema un objeto indeterminado-*determinable*. Así, la objetividad de la Idea presenta también el valor lógico de lo determinable. Deleuze explica que, en Kant, la Idea adquiere determinabilidad “por analogía con los objetos de la experiencia a los que confiere la unidad” (1968, p. 220). Por ejemplo, la Idea del Alma, a la vez que desde su propia indeterminación sistematiza las diferentes experiencias del sentido interno, se determina en el proceso de sistematización que brinda. Y, sin embargo, su determinación no llega nunca a ser completa. La *determinación completa* es un ideal que, dice Deleuze, “asegura una especificación de los conceptos del entendimiento al disponer de un campo de continuidad propiamente infinito” (1968, p. 220).

Más allá del sentido que tienen cada uno de estos momentos en la exposición kantiana, Deleuze obtiene, en esta rápida presentación, tres valores de la Idea: lo indeterminado, la determinabilidad, la determinación completa. Y, además, esta presentación le sirve para mostrar un aspecto crítico que será necesario superar. En efecto, la relación de la Idea con los objetos de experiencia le da su momento de determinabilidad y la relación con los conceptos del entendimiento le da su momento de determinación completa (como ideal). Esto significa que la Idea es

en sí indeterminada y que son las relaciones con lo que ella *no* es, es decir, los objetos de experiencia y los conceptos del entendimiento, los que le dan sus valores de determinabilidad y determinación completa. De esa manera, en la filosofía de Kant lo determinable y la determinación completa permanecen como condiciones *externas* de la Idea. El extrinseguismo de la teoría kantiana la vuelve objeto de fuertes críticas que hacen que no pueda ser el modelo filosófico a seguir en la indagación deleuziana de la Idea.

Esas críticas provienen del ámbito del poskantismo, que reclaman que el sistema de la razón kantiana debería dar cuenta todavía de una unidad superior que le dé sentido.⁵ Sin embargo, Deleuze advierte que esa crítica puede quedar presa de un dogmatismo, en la medida en que anularía las diferencias al fundar una unidad sin fisuras. De esta manera, queda planteado el desafío de pensar el universal concreto eludiendo el dogmatismo de lo Uno abstracto en su fundamento absoluto y también el empirismo que afirma lo múltiple en la pura dispersión extrínseca.

La propuesta de Deleuze es pensar lo determinable y la determinación como condiciones internas: la Idea no es esencialmente indeterminada sino al mismo tiempo indeterminada-determinable-determinada. La función de reunir que tiene la instancia problemática como indeterminada no debe ser externa al proceso de determinación. De otro modo, el proceso de determinación dejaría de estar vinculado a lo indeterminado. La complejidad de la tarea propuesta es mayor que la de la dialéctica kantiana porque exige que la diferencia entre los momentos sea interna. En ese sentido, la relación interna entre el proceso de determinación y lo indeterminado se muestra como un objeto efectivamente problemático, no pasible de identificación por el acuerdo de las facultades, por el reconocimiento y por la representación. Deleuze lo expresa con las siguientes palabras: “(...) así como la diferencia reúne y articula inmediatamente lo que ella distingue, (...) las Ideas contienen también sus momentos desgarrados” (1968, p. 220). Hay un desgarramiento, ciertamente, producido por el tiempo interno de la Idea: su propia variación, que la vuelve determinable y determinada. Esa temporalidad, esa variación de momentos, es una diferencia interna de la Idea y no un aspecto exterior, es decir, un aspecto que se dé sólo por el contacto con aquello que resulta externo a la Idea. La propuesta es, entonces, no reducir la diferencia, no eliminar

⁵ Deleuze no explicita de qué autores se trata, pero podemos pensar en Fichte y Hegel o, más bien, en ciertas lecturas de sus críticas a Kant.

las distinciones, no eliminar lo que está separado, al reunirlo en la Idea, y tampoco dejar las distinciones como elementos aislados, sin relaciones entre sí. Hay que avanzar, pues, en la función de la diferencia como diferenciante, es decir, como elemento de comunicación en tanto diferencia. Es preciso todavía asignar ese punto crítico en el cual la diferencia en tanto diferencia cumple la función de reunir. Ese camino se abre, para Deleuze, más allá de la obra de Kant, con la noción de *diferencial*.

En este primer recorrido por la teoría de la Idea se esclarecen ya los primeros rasgos de la noción de problema. La Idea en tanto instancia problemática se define por su función de reunir. Es objetiva e indeterminada. Además, en tanto es determinable y contiene un ideal de determinación completa, está atravesada por la forma del tiempo. En ese sentido, es diferencial. Ciertamente, los tres valores de la Idea retoman los del cogito kantiano: “el *Yo soy* como existencia indeterminada, el *tiempo* como forma bajo la cual esa existencia es determinable, el *Yo pienso* como determinación” (Deleuze, 1968: 220). En el cogito kantiano pasamos de lo indeterminado a la determinación bajo la forma del tiempo: de allí que, para Deleuze, el Yo está fisurado, es decir, no cerrado sobre sí, ni instantáneo o eterno. Del mismo modo, en Deleuze la función de reunir en tanto objetividad indeterminada no pasa a su determinación sino en una síntesis temporal y, por lo tanto, no se trata de una función de identificación o de confusión. Lo que reúne es la diferencia en tanto diferencia. Ni Kant ni sus críticas dogmáticas y empiristas lograron darle expresión al fundamento diferencial de la noción de Idea-problema.

4. La diferencial: sus elementos y principios

Valiéndose de ciertas interpretaciones del cálculo diferencial, Deleuze indaga en los aspectos y principios contenidos en el símbolo dx : en la forma en que los tres valores de lo indeterminado, lo determinable y la determinación aparecen en torno a la diferencial. A primera vista, puede resultar descabellado pasar de la Idea-problema en Kant al símbolo dx como *Filosofía de la Diferencia*, pero hay que notar que la elucidación de la Idea en la primera *Crítica*, con sus relaciones -aunque extrínsecas- entre lo indeterminado y un proceso de determinación, no es lejana a los problemas abordados en torno al cálculo diferencial. En primer lugar, la época histórica nos da un marco de unidad: el cálculo es inventado por Newton y por Leibniz, siendo el primero una influencia directa en el proyecto epistemológico de

la primera Crítica. Además, el cálculo diferencial fue antecedido por una revolución científica como la geometría analítica cartesiana y es una herramienta que utiliza luego, ya en el campo propiamente filosófico, un poskantiano como Salomon Maïmon, que llegó a dirigirse epistolarmente con Kant y a escribir en torno a su obra. Las interpretaciones continúan en el siglo XIX: estamos en la órbita de la obra kantiana y el problema de lo indeterminado y la determinación parece recorrer tanto la filosofía como la matemática en esos años. Para decirlo en pocas palabras, lo que Deleuze encuentra en quienes ahondaron en las implicancias filosóficas del cálculo diferencial es la relación inmanente entre la indeterminación y la determinación progresiva.

En este sentido, estamos en la senda de la elucidación de la noción de problema como mecanismo diferencial y como universal concreto, así como del carácter objetivo de la ilusión y el fetiche. El mecanismo diferencial es elucidado a partir de la teoría matemática de los diferenciales. Y la continuidad atribuida a la Idea-problema se analiza de un modo efectivamente ideal: no empírico, no extrapolado del campo de las intuiciones sensibles. Con el cálculo diferencial el rasgo de lo indeterminado es expresado de una nueva manera, así como el de lo continuo y el de lo universal. También la determinabilidad, como relación recíproca entre elementos indeterminados, y la determinación completa, como potencia expresada en valores de la relación diferencial, son esclarecidas a partir de la herramienta del cálculo diferencial y su simbología. Tenemos el desafío, pues, de dar cuenta de esas elucidaciones de los rasgos de cada momento del proceso sin entrar en las minuciosas disquisiciones que están supuestas en cada símbolo matemático. Comencemos por el primer momento: el de lo indeterminado, el continuo y lo universal.

4.1. Lo indeterminado y su objetividad

Deleuze comienza dando una bella imagen de la relación entre un elemento determinado y la continuidad en la que se funde, pero enseguida corta el flujo de ese imaginario para ingresar en la indagación propiamente ideal y trascendental:

La Idea de fuego subsume el fuego como una sola masa continua susceptible de acrecentarse. La idea de plata subsume su objeto como una continuidad líquida de meta fino. Pero si es cierto que lo continuo debe ser relacionado con la Idea y con su uso problemático, es a condición de ya no ser definido por caracteres tomados de la intuición sensible o incluso geométrica (...). (1968, p. 222)

En el tercer capítulo de *Diferencia y repetición*, Deleuze asociaba la función de la Idea-problema con la de la continuidad. Ahora avanza en la exigencia de determinar “una causa ideal de la continuidad” (1968, p. 222). Como veremos, el rodeo por el cálculo diferencial nos acerca a la noción de continuo, así como a la de universal y específicamente de universal concreto; lo que no veremos inmediatamente es por qué esas nociones estarían asociadas a la de problema. Sin embargo, Deleuze va a hacer esa conexión después de haber expuesto los tres momentos de la síntesis de la diferencia.

En las interpretaciones del cálculo diferencial que Deleuze utiliza se define lo continuo y lo universal en el mismo paso. En primer lugar, la continuidad aparece como cantidad *pura*, es decir, como cantidad trascendental, como aquella instancia que hace posible las cantidades empíricas. Ello implica advertir que las cantidades fijas de la intuición y las cantidades variables como conceptos del entendimiento no nos pueden dar esa cantidad pura, universal. Las dos primeras son cantidades determinadas: las cantidades de la intuición son los valores particulares, las del entendimiento son valores generales, pero, nuevamente, la generalidad remite al plano de la particularidad, como explica Deleuze: “designa aquí una infinidad de valores particulares posibles, tantos como la variable pueda recibir” (1968, p. 222). La variable x expresa la infinidad de valores o la infinita variabilidad de cantidades, pero dx expresa el universal, la cantidad pura, el continuo. La cantidad general es algo así como el género al que corresponden diferentes especies. Lo que así se obtiene es el universal abstracto: la generalidad pseudo-universal. Para alcanzar la continuidad como cantidad pura, como universal y como condición de posibilidad de las diferentes cantidades, es preciso lograr el pasaje que nos lleva de lo individual a lo universal. Es decir, el límite de las variaciones de x como el continuo universal dx . Sin ese pasaje, lo que hay es un calco de lo empírico en lo trascendental: a partir de las cantidades particulares se obtiene un modelo general, una categoría abstracta. Es el modelo clásico de la imagen del pensamiento.

Ahora bien, si el rasgo de la continuidad ideal es la indeterminación, no es porque todo se iguale y se pierda la diferencia, sino porque sólo contamos con puras diferencias, en un exceso de distinciones. Cada elemento es allí indeterminado como tal. En la anulación de las cantidades particulares y generales, dx es lo puro indeterminado, pero en la medida en que expresa algo esencial de x .

Gonzalo Santaya, en su estudio del cálculo diferencial como fuente de la teoría de la Idea de Deleuze, señala la paradoja de que el camino al universal concreto comience con un ejercicio de abstracción, es decir, que las cantidades individuales (particulares y generales) tengan que ser anuladas. Pero, siguiendo su interpretación, de lo que se trata es de fundir esas individualidades en un fondo donde sólo hay puras distinciones: en este sentido, las determinaciones no se niegan, sino que resultan en exceso (2017, p. 162). Por eso, tergiversando levemente la letra deleuziana, Santaya plantea que: “Antes que decir que dx no es nada en relación con x , habría que decir que x se distingue de dx , pero dx ya no se distingue de x : fórmula que expresa la concepción deleuziana de la diferencia en sí misma” (2017, p. 170). Podemos ver así que, aunque la imagen de la Idea de fuego con la que comienza Deleuze deba ser abandonada para ingresar al terreno del símbolo dx y de la causa ideal de la continuidad, sigue haciendo sentido la noción de un fondo que subsume al elemento individual (actual o empírico) y que, por lo tanto, es el elemento puro, unívoco, continuo a partir del cual se engendran todas las discontinuidades.

En el corte con lo individual aparece lo inmutable, lo que está más allá de las variaciones dinámicas de dichas cantidades. En esas condiciones, la continuidad presenta un carácter estático y puramente ideal. ¿Por qué lo inmutable, lo estático puede ser una conquista de lo universal? Porque lo que se obtiene es lo invariable de las variaciones. Una de las maneras más simples de entender la noción de continuo, de universal y de invariable proviene del método de la cuadratura del círculo, también llamado *método de agotamiento*, que utilizaron Eudoxo y Arquímedes. Si queremos obtener el área de un círculo, la tarea es trazar un cuadrado interno, el mayor posible dentro del círculo, y otro externo sobre los bordes del círculo. Si sumamos un lado al cuadrado, las dos figuras, la externa y la interna, tienden a acercarse al contorno del círculo; agregando cada vez más lados, las figuras quedan cada vez más cerca y de ese modo, con las medidas del polígono, obtenemos el área del círculo. Pero, más allá de la solución práctica que nos es

provista, obtenemos la idea de que el contorno del círculo es el universal, el pasaje al límite de las variaciones del polígono, el continuo invariable de esas variaciones. En el contorno del círculo tenemos, no la negación del polígono, sino, otra vez en palabras de Santaya: “lo invariable en la variación del número de los lados de aquél” (2017, p. 166). Lo que se busca como invariable es el universal de esa variación.

Ahora bien, el ejemplo del método de la cuadratura del círculo no nos llega a dar un universal más que por adición de lados, o lo que en una función expresaríamos como una suma en las variables. La fórmula de ese círculo puede expresarse del modo más general con la ecuación algebraica $x^2 + y^2 - R^2 = 0$. En cambio, su expresión diferencial: $ydx + xdy = 0$ anula las cantidades de las variables y hace aparecer el universal: “la función ha perdido su parte mudable o la propiedad de variar” (Deleuze, 1968: 223). Así lo que se anula en la función diferencial son los valores particulares y generales de las variables, sin que por ello nos quedemos con una nada como resultado. La diferencial no expresa una anulación absoluta sino la emergencia de un universal. No se anula la cantidad en sí, no se anula todo tipo de cantidad, sino que, anulando las cantidades particulares y generales, aparece la cantidad universal, la expresión universal de, por ejemplo, la idea de círculo. No se anula la función en sí, sino que se pasa, en la función misma, de lo cambiante a lo no cambiante. La función no encuentra su límite en la diferencial, sino que la diferencial aparece *en* la función misma: como límite interno que conecta lo cambiante y lo no cambiante, engendrando así el continuo, el pasaje de un orden al otro. El continuo, lo universal, lo invariante, no supone anular la función con sus cantidades, sino que expresa en la función misma la causa de lo variable y lo invariante, de la unidad y el número. Ese pasaje es la continuidad como causa ideal.

4.2. Determinación recíproca y experiencia real

Retomando la retórica del fondo oscuro y la crisis del pensamiento, se diría que el ascenso del fondo, la disolución de las formas establecidas, el desembarazarse de los elementos siempre ya disponibles del sentido común para interpretar y organizar nuestro mundo, ese momento puede resultar en una nihilización, en una indeterminación que toma todo y no queda siquiera algo por pensar en el afuera del pensamiento. O puede ser la instancia de una universalidad, de un continuo como límite de las variaciones empíricas, de las formas actuales.

Ahora bien, si el carácter indeterminado y universal de la continuidad no reduce esta instancia a una nada es porque en lo universal se dan relaciones diferenciales. Lo indeterminado es en sí mismo determinable en tanto supone relaciones diferenciales: la diferencial dx está en relación con la diferencial dy (no hay dx sin dy). Se da, pues, una determinación o síntesis recíproca. Lo indeterminado es determinable bajo la forma de un cambio de función. La importancia de este punto radica en que la forma bajo la cual lo indeterminado es determinable no es una forma externa, un puente neutral, un esquema que cumple una función entre dos opuestos; la forma de la determinabilidad es el tiempo interno de la Idea, es la puesta en relación de los elementos indeterminados. La forma que hace determinable a la indeterminación es interna: es la propia relación entre elementos indeterminados.

Deleuze pone el acento en el *cambio de función* que acontece en esa síntesis. La relación dx/dy da lugar a una función primitiva, que es por lo tanto derivable para dar lugar a una función derivada y esa función es a su vez diferenciable para dar lugar a nuevas funciones derivadas. Toda Idea, todo universal es modificable cualitativamente, convirtiéndose en lo individual para otro universal. Ahora bien, la integral de esas variaciones no es una constante, no es una invariancia que permanece homogénea y más allá de las relaciones mismas en su variación, sino el “grado de variación de la relación misma” (1968, p. 224). La Idea-problema es esa integral de las variaciones, la función cuya comprensión se extiende a toda la serie de funciones. Las variaciones arrojan resultados diferentes, diferentes curvas en el plano, diferentes valores para sus variables, pero todas muestran una dependencia interna. En ese sentido, dice Deleuze, estamos ante un universal concreto. Si la comprensión se alcanzara en la designación de una extensión = 1, es decir, de un objeto particular, lo universal sería una generalidad abstracta: una forma general para un elemento particular. Pero si lo universal se expresa en la serie de variaciones, esa universalidad expresa en concreto las variaciones a las que da lugar la relación. Santaya lo explica de la siguiente manera: “(...) la función de la Idea como universal no es subsumir lo dado, sino ante todo producir, comunicar y conectar, no objetos, sino los órdenes de diferencias y variaciones que definen un objeto –cualquier objeto” (2017, p. 187). La potencia de la Idea no se agota en el pasaje de la primitiva a la derivada, así como su comprensión no se agota en una unidad fija, en un individuo como punto de llegada. La comprensión es igual a la extensión indefinida de funciones (grados de variación): las múltiples conexiones

que están implicadas en un objeto. El universal es un continuo y no una mera definición general asociada a la construcción intuitiva de un objeto. Es un continuo en la medida que expresa todo un régimen de variabilidad, el germen de múltiples funciones interdependientes.

Volvamos sobre la importancia de este punto. Al abordar la síntesis recíproca, Deleuze da cuenta de un aspecto clave de su ontología: en la medida que se trata de una determinación recíproca, la determinabilidad de lo indeterminado no puede ser concebida de forma *extrínseca*. No se trata, pues, de una determinación del objeto de la intuición por el concepto del entendimiento, sino del universal por otro universal. Ciertamente, el pasaje de lo indeterminado a la determinación no es la novedad del planteo deleuziano, ya que ese pasaje podría ser pensado como una determinación extrínseca; pero si se trata de una determinación recíproca, entonces al mismo tiempo, en el mismo nivel, se determina un universal y otro, un universal para otro universal. Si la determinación implica tal cambio de función, de relaciones en lo universal, entonces la determinación de lo indeterminado no es extrínseca, no es unidireccional, sino que es recíproca. La determinación no es, pues, diferencia externa sino interna, es relación diferencial. Es por eso que, para dar cuenta de la síntesis (determinación de lo indeterminado) hubo que definir el carácter de lo indeterminado (su universalidad, su invariabilidad) en tanto límite entre lo cambiante y lo no-cambiante. Lo universal que no se confunde con la generalidad es lo determinable por lo universal mismo. Lo general es abstracto: supuestamente suficiente, separado de sus condiciones y determina extrínsecamente a lo particular. De allí que la relación de lo general y lo particular exprese un condicionamiento: lo indeterminado es condicionado por la experiencia posible. Kant explica este proceso a partir de un esquema de la imaginación que determina el espacio según el concepto. Así, la diferencia entre el concepto y la intuición es condicionante y determina extrínsecamente lo indeterminado. En cambio, la determinación en lo universal, en lo indeterminado, entre cantidades indeterminadas, implica una variación de la relación misma.

El filósofo poskantiano Salomon Maïmon es la fuente para dar cuenta de esta concepción de lo trascendental como campo de génesis y no de simple condicionamiento. Deleuze cita un pasaje de la obra de la *Versuch über die Transzendentalphilosophie* (Maïmon, 1790, p. 33), pero conviene remontarse un pasaje inmediatamente anterior, que Pablo Pachilla cita en su tesis doctoral:

La sensibilidad provee los diferenciales a una conciencia determinada; la imaginación sonsaca, a partir de estos, un objeto finito (determinado) de la intuición; el entendimiento extrae, a partir de la relación entre estos distintos diferenciales, que son sus objetos, la relación de los objetos sensibles que resultan de ellos. Estos diferenciales de los objetos son los así llamados *noumena*, y los objetos que surgen de ellos son los *phenomena*. Con respecto a la intuición = 0, el diferencial de cualquiera de estos objetos en sí mismo es $dx = 0$, $dy = 0$, etc.; sin embargo, sus relaciones no son = 0, sino que pueden ser dadas determinadamente en las intuiciones que emergen de ellos (Maïmon, 1970, pp. 31-32, citado por Pachilla, 2017, p. 257).

Con este filósofo, Deleuze piensa el ejemplo de la diferencia entre los colores rojo y verde. Uno puede plantear esa diferencia como diferencia entre cualidades sensibles, como diferente entre sus espacios como formas a priori, o bien, como relación de sus diferenciales, es decir, en tanto Ideas a priori. En este último caso, la diferencia entre rojo y verde es interiorizada en la Idea. Lo rojo y lo verde son los objetos mismos que pueblan un espacio que se constituye a través de su génesis: no son cualidades de objetos que aparecen *en* un espacio, en una extensión *que precede* a los objetos y donde ellos aparecerían. El verde no es entonces cualidad de un objeto en el espacio sino la intensidad de un tono, un diferencial, y el rojo es otro diferencial: en ese sentido, sus relaciones diferenciales están en determinación recíproca antes de ser el verde y el rojo de las cualidades de objetos en el espacio. Por eso decimos que la diferencia entre verde y rojo es interiorizada: producida desde dentro. Los conceptos no son los determinantes de la intuición (lo determinable), sino que hay una determinabilidad más profunda: una determinación recíproca de las relaciones diferenciales que genera a esos conceptos, así como a los objetos de la intuición.

Deleuze alude brevemente al caso del Cogito: por un lado, el *Moi* determinable, objeto de la intuición, indeterminado; por el otro, el *Je* determinante, que determina el concepto del *Moi* como cosa pensante. La diferencia entre ambos es la determinación recíproca: la determinación no llega desde el *Je* conceptual sobre el *Moi* indeterminado, sino que es anterior, es la puesta en relación no pensada en el cogito. En este sentido, la determinación no va del concepto a la intuición: también va en sentido inverso. Lo indeterminado subsiste y produce a lo determinante (1968, p. 225). Se diría, pues, que el yo también es un sin-fondo,

como sugiere la idea de Nietzsche según la cual, al mirar al abismo, el abismo devuelve la mirada (1997, p. 114).

El último ejemplo es el de la curva y la recta. Cuando definimos la recta como el camino más corto entre dos puntos, podemos deducir, como Kant, que lo que constituye esa definición es la aplicación de un concepto a una intuición. En tal caso se estaría suponiendo una definición del sujeto *línea recta* que se aplicaría a la intuición determinable. Pero podemos partir del predicado *el camino más corto* y producir desde allí el objeto línea recta sin suponerlo previamente como concepto. La expresión *el más corto* es una regla de producción del objeto e implica una relación diferencial entre la recta y la curva. Se trata, pues, de un esquema ideal, no conceptual, que sirve para determinar la longitud de una línea curva por medio de una línea recta, es decir, que determina a la vez la recta y la curva. Sus relaciones diferenciales interiores son las determinantes. Lo indeterminado es determinable por sus relaciones con lo indeterminado: la determinación es recíproca entre elementos indeterminados. No se da como determinación desde un concepto ya determinado sobre lo indeterminado, sino como relación de elementos en su universalidad: relaciones de universales. Ciertamente, todas las variaciones del camino entre dos puntos coexisten en una continuidad estructural-estática: tanto los caminos curvos como rectos. Ello hace posible el proceso dinámico por el cual se define la singularidad del camino más corto: el camino recto. Así, la regla de producción de este objeto es inseparable de la creación de otros órdenes de propiedades, ya que a partir de esa regla de producción se dan otras posibilidades que coexisten entre sí y dependen de la misma relación diferencial.

La conexión entre la síntesis diferencial y la constitución de la experiencia es significativa porque da cuenta de la apuesta deleuziana por un pensamiento que atraviesa los umbrales de la experiencia posible para alcanzar una realidad subrepresentativa. Las diferenciales no son objetos de la intuición, sus relaciones diferenciales tampoco, pero es a partir de ellas que se producen los objetos de la experiencia.

El fondo que sube a la superficie, el elemento indeterminado, la diferencia en sí, es un cúmulo de distinciones oscuras, anteriores a la experiencia, en tanto se trata de conexiones ideales, relaciones de relaciones, que componen totalidades inmemoriales: imposibles de concebir empíricamente. Un objeto de mi

experiencia está producido por la intersección y coexistencia de esas relaciones, que llegan a veces al infinito.

Ahora bien, la coexistencia de variaciones en la construcción del objeto real podría comprometernos en la hipótesis de la existencia de un infinito de posibilidades actuales, en el postulado de un entendimiento infinito en el que existen efectivamente esas infinitas variaciones. Esa opción abriría a una trascendencia metafísica que duplicaría la realidad en un mundo suprasensible, del cual las singularidades del mundo empírico serían sus limitadas realizaciones. Esa opción nos haría volver a caer en el mundo de la representación. El tema es importante porque dar cuenta de la singularidad es fundamental para el planteo deleuziano, es decir, es necesario que el universal esté ligado a lo individual, a la pluralidad de funciones que hace posible la relación diferencial, a la integración de diferenciales en la producción de objetos concretos de la experiencia real; por lo tanto, hay que indagar en el aspecto de la singularidad desde la universalidad de la diferencial sin caer en la hipótesis del infinito actual del entendimiento divino. Es lo que se cumple en el elemento de la potencialidad.

4.3. El ideal de determinación completa: los valores de la relación

Hemos visto que el segundo momento del proceso de determinación implica una génesis de funciones mutuamente conectadas. Lo indeterminado aparece como red de regímenes de variabilidad, órdenes, Ideas de Ideas de Ideas, etc. La determinación recíproca ocurre bajo la forma de la potencia: “magnitudes variables son tomadas como funciones las unas de las otras” (Deleuze, 1968, p. 226). Deleuze sigue pensando en términos matemáticos y toda la discusión pasa por la despotencialización de las funciones que es necesaria para alcanzar la fórmula diferencial y por la potencia que adquieren las funciones en su interconexión. Pero, más allá del ámbito estricto de la matemática, la potencia como forma de la determinación recíproca alude a la capacidad de encuentro entre órdenes diferentes, órdenes de diferente potencia de variación. Se constituyen series de funciones, a partir de cantidades indeterminadas, en la medida en que las derivadas resultan de la repetición de ciertas operaciones de base. De ese modo, las funciones de desarrollo de las variables resultan comparables entre sí.

El problema es, todavía en este tercer momento de la Idea-problema, dar cuenta del elemento de la continuidad que da sentido a las discontinuidades: “los coeficientes discontinuos no reciben significación sino por las funciones diferenciales que los componen (...) sólo la ‘gradación’ o continuidad constituye su forma, que pertenece a las Ideas de la razón” (Deleuze, 1968, p. 227). Por lo tanto, lo que es difícil de asumir, de pensar tanto filosófica como matemáticamente es que las diferenciales no son cantidades determinadas y que eso no implica una incongruencia a corregir, sino la potencia del elemento mismo, la potencia de génesis. Lo que la imagen del pensamiento intenta bloquear es que “las diferenciales (...) son una regla incondicionada (...) para la generación de las discontinuidades (...) o para la construcción de series” (1968, p. 227).

Ahora bien, las series se construyen en la medida que las relaciones entre regímenes de variabilidad alcanzan ciertos valores, ya que entonces se componen formas determinadas, se distribuyen puntos singulares que caracterizan a esas formas. Ciertamente, el universal es concreto porque comprende la multiplicidad de regímenes de variación, la multiplicidad de órdenes interconectados y, además, porque comprende la singularidad de cada una de esas multiplicidades. En ese sentido, a partir de la determinación recíproca se alcanza una determinación completa. Las relaciones diferenciales entre elementos indeterminados y la síntesis recíproca que a partir de allí se genera tienen que tomar valores para producir esas relaciones entre series. Los regímenes de variación conectados entre sí por las relaciones diferenciales se organizan en series a partir de los valores que toman. En esas series, las funciones conectadas en sus diferencias se encuentran en puntos de vecindad y distancia.

Una serie, explica Deleuze, se expande en puntos ordinarios hasta la vecindad de otra serie, es decir, hasta la aparición de una singularidad que cambia el orden y da lugar a una nueva serie. En este sentido, la potencia genética de las Ideas-problema, la potencia del continuo que va de las diferenciales a las relaciones entre órdenes de variación y de allí a la constitución de series, no se agota en la generación de formas congruentes. Por el contrario, la determinación completa de un objeto se da en una pluralidad de series, todas constituidas en torno a ciertos puntos singulares, algunas de las cuales son convergentes y otras divergentes. Es decir, un objeto puede estar constituido por partes divergentes entre sí:

El interés y la necesidad de la forma serial aparece en la pluralidad de series que subsume, en su dependencia respecto de puntos singulares, en la manera en que se pasa de una parte del objeto donde la función es representada por una serie a otra donde se expresa en una serie diferente, sea que las dos series converjan o se prolonguen, sea que, por el contrario, diverjan. (Deleuze, 1968, p. 228)

El objeto está completamente determinado cuando la cadena de regímenes de variación, las series convergentes y divergentes han sido descifradas. Y aún si no hay alguien allí descifrando las operaciones simbólicas que conforman el continuo de sentido del que dependen los elementos parciales que vemos aparecer en las cosas actuales, esta operación es la génesis necesaria de lo actual. Resulta especialmente contra-intuitivo pensar que en la determinación de un objeto confluyan series divergentes, imposibles, pero es conveniente recordar de qué tipo de objeto estamos hablando: hablamos de *problemas*. Lo que resulta completamente determinado es el problema, la problemática que subsume diferencias sin colmarlas, que reúne y da sistematicidad a partir de la diferencia misma. Ciertamente, es en la teoría del problema que subsiste irreductible la noción de diferencial como elemento incondicionado, universal y concreto.

5. El proceso de determinación como teoría de los problemas

Los momentos de la Idea, el esclarecimiento del movimiento de la determinación como ascenso del fondo, de una indeterminación que se traduce en *continuidad ideal*, en *universalidad*, en *invariabilidad*, en la conquista de ese sin-fondo como *límite*, conquista que se realiza en la medida en que aparecen relaciones diferenciales de *determinación recíproca* y que da lugar a series de *singularidades* a partir de los valores que toman las relaciones, -todo ese movimiento forma parte de una *teoría general del problema*. Ciertamente, el pasaje de lo indeterminado a las determinaciones presenta los caracteres del pasaje de los problemas a sus condiciones y su eventual actualización en soluciones teóricas o prácticas.

Deleuze profundiza ahora en la teoría general del problema, caracterizada como la verdadera dialéctica. Nuevamente, es desde la matemática que se elabora esta

teoría, aunque especialmente en esta sección se muestra que la dialéctica no se reduce en absoluto al lenguaje de esa disciplina.

Los puntos regulares y singulares que entran en la determinación completa de una especie de curva funcionan como condiciones de problemas, sin los cuales no podemos resolverlos ni plantearlos. Técnicamente, en una ecuación se define un campo de vectores que “antecede” la especificación de los puntos singulares que la resuelven. Esas condiciones dan cuenta de la naturaleza objetiva del problema: “llamamos ‘problemática’ al conjunto constituido por el problema y sus condiciones” (Deleuze, 1968, p. 230). Ciertamente, la teoría del problema le da un estatuto ontológico a la idea de un campo de puros diferenciales, de elementos indeterminados que poseen una realidad objetiva, un estatuto que resulta difícil conceder en ciertas disciplinas científicas. Deleuze estudia el caso de la teoría de las matemáticas, donde se vuelve todo un desafío asumir la objetividad de cantidades que no son determinadas, que se definen por puras relaciones, que son inasignables.

Ahora bien, para una teoría del problema es preciso aceptar el salto de la proposición al campo de las condiciones del problema: “el elemento de lo problemático, en su carácter extra-proposicional, no cae en la representación” (1968, p. 231). El análisis de los conceptos proposicionales que constituyen los casos de solución no puede dar cuenta de las condiciones del problema, que son el objeto de una síntesis ideal. La herramienta analítica, que aísla elementos dados, resulta impotente para dar cuenta de un momento que es esencialmente sintético, es decir, que está constituido por una diferencia de tiempos que componen un proceso único de determinación. Lo problemático en tanto elemento universal es imposible de representar: es decir, de reducir a una identidad, a unas relaciones de oposición, de semejanza, de analogía. No es reductible a la proposición porque no es ni particular ni general, ni finito ni infinito. El elemento puro, en la medida en que es determinado como diferencial, adquiere el carácter preciso del problema y elude las antinomias metafísicas de lo finito y lo infinito. Debe ser considerado un elemento de la dialéctica.

Deleuze recupera la noción de dialéctica desde el pensamiento de Albert Lautman, que no consiste en un mecanismo de oposiciones y contradicciones, sino en un

proceso de relaciones que constituyen a todo problema.⁶ En ese sentido, la dialéctica es el elemento de lo problemático más allá de los campos particulares de las diferentes disciplinas científicas. Es decir, aquello que en ciertos campos hegemónicos de las ciencias no termina de ser pensado, como las diferenciales o las Ideas de la razón, resulta pensable en términos de una dialéctica como teoría de los problemas generales:

Conforme a las tesis generales de Lautman, el problema tiene tres aspectos: su diferencia de naturaleza con las soluciones; su trascendencia en relación con las soluciones que genera a partir de sus propias condiciones determinantes; su inmanencia a las soluciones que lo recubren, *estando* el problema mejor resuelto cuanto más *se* determina. El problema es, pues, trascendente respecto de las soluciones en la medida en que es el principio de su génesis: las soluciones se generan a partir de las condiciones de los problemas. Y es inmanente a las soluciones en la medida en que su determinación está implicada en el carácter de su resolución. La diferencia de naturaleza entre el problema y la solución no significa una separación ni una participación de la solución en el problema: más bien, la determinación del problema se corresponde con la manera en que se soluciona y no es independiente de ella.

Por lo demás, la relación de inmanencia entre problemas y soluciones se expresa en la relación entre la dialéctica de los problemas y las disciplinas científicas, con sus correspondientes campos problemáticos. Las ciencias constituyen respuestas a los problemas dialécticos expresadas, a su vez, en forma de problemas. En ese sentido, las disciplinas científicas -incluso podríamos incluir los planteos filosóficos específicos de cada caso- no constituyen solamente las diversas soluciones a los problemas dialécticos, sino que son creaciones de campos de resolubilidad, es decir, de campos donde los problemas se desarrollan en condiciones que determinan las soluciones a alcanzar.

⁶ Para una presentación de Lautman como fuente de Deleuze, véase el artículo de Kretschel, V., "Lautman y Deleuze: Idea, problema, estructura y realidad" en Ferreyra; Soich, 2014. Así también véase el trabajo de Simon Duffy "Albert Lautman" en Jones; Roffe, 2009.

5. 1. Teoría de problemas: campos de resolubilidad

Un problema no es verdadero porque es resoluble, sino que es resoluble porque es un problema verdadero: “es preciso determinar las condiciones de los problemas que especifican progresivamente los campos de resolubilidad” (Deleuze, 1968: 233). Así como en el proceso de determinación teníamos que descubrir el carácter interno de la determinabilidad, es decir, de la forma bajo la cual lo indeterminado es determinable y llegábamos a ver que es bajo la relación de lo indeterminado con lo determinado que se produce la síntesis recíproca que conecta funciones diferentes, así también tenemos que descubrir el carácter interno de la resolubilidad de los problemas. Si ya dimos con el continuo entre lo indeterminado y la determinabilidad, se trata de seguir indagando en el continuo entre la determinación recíproca y la determinación completa. Hay otras herramientas matemáticas, fuera del cálculo diferencial, que permiten esclarecer ese carácter.

El procedimiento de adjunción de Galois resulta un aporte clave. Ciertamente, la particular manera que encontró el joven matemático francés para dar cuenta de la resolución de polinomios por radicales cuando es necesario para hacerlo disponer de magnitudes de las que sin embargo no se dispone, ilustra el caso de una determinación que parte de un estado de indeterminación para avanzar progresivamente. Sin detenernos en el momento en que surge la idea de buscar un procedimiento particular para resolver ecuaciones algebraicas por radicales de polinomios, y sin detenernos tampoco en la nueva manera de pensar la resolubilidad misma, podemos destacar que el procedimiento de adjunción busca disminuir la indiscernibilidad de modo progresivo para llegar a un cálculo por sustituciones. Entonces, aparece la determinación completa de las raíces. Lo progresivo de la determinación (o de la disminución de lo indeterminado en este procedimiento) introduce el *tiempo* en la figura de la razón suficiente. En la medida que se introduce el tiempo, el problema se muestra como una instancia genética, productiva y se rompe así el círculo que hacía prevalecer la imagen de la solución ya dada para la construcción a posteriori del problema. Se diría que la dialéctica es

síntesis, mientras que el predominio de la solución le da un carácter puramente analítico al problema.⁷

La determinación progresiva se suma a las tres figuras antes exploradas: lo indeterminado, la determinación recíproca y la determinación completa. Y es la determinación que protagoniza la actualización de las Ideas. Por lo tanto, va a volver a aparecer más adelante, cuando la pregunta sea específicamente la de la relación entre lo actual y lo virtual. Pero en la teoría de los problemas, en el estatuto problemático, que permite esclarecer el carácter objetivo de lo indeterminado y su proceso de determinación, la determinación de los campos de resolubilidad viene a mostrar un aspecto más de la dialéctica de las Ideas-problema, de su consistencia ideal. Es decir, el objetivo es mostrar la universalidad de la dialéctica, del modo en que esa dialéctica se expresa en las matemáticas del cálculo diferencial y en otras herramientas como los métodos exhaustivos, la geometría analítica o los trabajos de Abel y Galois en torno a la “discernibilidad progresiva” (Deleuze, 1968, p. 234). Lo que se muestra en estos casos, y especialmente en el último, es que un no-saber, un problema, una indeterminación es una instancia objetiva desde la que se desarrollan condiciones que hay que aprender a explorar para dar nacimiento a soluciones. Los problemas, entonces, no constituyen un momento subjetivo de ignorancia, de falta de una respuesta que alguien ya sabe o que ya existe, de un momento por el que hay que pasar en la medida en que quien tiene la respuesta no me la da. En la objetividad de lo que no sabemos germinan las soluciones. Estableciendo así el carácter objetivo y universal de la dialéctica de los problemas, queda por decir que nos encontramos siempre en medio de diferentes órdenes de problemas, cada uno de los cuales implica un sistema de relaciones y un proceso genético de determinación de soluciones, y además esos sistemas están conectados entre sí en su idealidad. Cada una de las Ideas, cada una de las problemáticas correspondientes a los diferentes dominios, procede por un cálculo de relaciones ideales. El cálculo de las diferenciales no corresponde exclusivamente a las matemáticas, sino que es el procedimiento de toda problemática. En ese sentido, el problema y proceso interno no está subordinado a nada, es el pensamiento puro: “el único cálculo ‘más allá del bien y del mal’” (Deleuze, 1968, p. 235). La aventura del pensamiento es la de las mutuas relaciones de los problemas y la del desarrollo

⁷ Para una presentación de Galois como fuente de Deleuze, véase: Santaya, G., “El procedimiento de adjunción de Évariste Galois y su presencia en la ontología deleuziana”, en Ferreyra; Soich, 2014.

de cada problemática. Es momento de elucidar cómo se dan esas relaciones entre Ideas-problema y cómo cada una se desarrolla genéticamente hasta actualizarse en espacio-tiempos concretos.

6. La estructura genética

Cuando Deleuze define a las Ideas como multiplicidades y a la multiplicidad como “una organización propia de lo múltiple en tanto tal” (1968, p. 236), da cuenta de que ya podemos asignar el punto crítico en que la diferencia en tanto diferencia cumple la función de reunir. Ciertamente, la organización de la que habla prescinde de la unidad para cumplir su función, prescinde de cualquier instancia trascendente al problema mismo. La función sistematizadora es la aventura del problema mismo y sus condiciones, sin subordinación a otro fin o a otro régimen. La organización consiste en una creación de reglas allí donde no hay reglas previas.

Entonces, una vez más, lo universal es concreto cuando el sistema se forma por las relaciones entre sus elementos. En cambio, lo universal es abstracto, o es mera generalidad, cuando se supone que el sistema se forma por oposiciones: compensando la generalidad de lo Uno con la particularidad de lo múltiple y viceversa. La combinación de contrarios produce enunciados contradictorios: lo Uno es múltiple, lo múltiple es Uno. El alcance de esa proposición es magro, porque falta saber concretamente cómo se producen las cosas a partir de tales contradicciones. En esa lógica, los fenómenos de la experiencia, en tanto, particularidades, serían encarnaciones de unidades trascendentes. Lo que Deleuze propone es captar las cosas como encarnaciones de problemas, “como casos de solución para problemas” (1968, p. 236). Tenemos lo concreto, captamos lo concreto cuando comprendemos de qué problema es solución: cuál es su mitad virtual, cuáles son sus diferenciales, de qué continuidad ideal está constituido, a qué indeterminación está vinculada su determinación, con qué regímenes de variación se compone en mutua dependencia. Es decir, por un lado, se trata de captar el sistema de relaciones que constituye con otras cosas, pero más aún, se trata de captar el punto desde el cual comienza el tejido interno de sus componentes, el modo en que esa multiplicidad está organizada a partir de sí misma.

6. 1. La multiplicidad como estructura genética

Tener un Idea, haber alcanzado una Idea en los límites de las facultades, es haber comprendido una cosa, una situación, un concepto a partir de elementos inasignables, que se relacionan determinándose recíprocamente y que se actualizan en relaciones y términos varios. Asimismo, tener una Idea, comprender las cosas como multiplicidades es pensar en términos de estructura, es dar con estructuras. En efecto, la noción de estructura remite a la de organización y a la de sistema. La afinidad entre estas nociones es evidente. Pero lo interesante de esta definición es que le permite a Deleuze involucrarse en el campo del estructuralismo con una apuesta original según la cual estructura y génesis se concilian. Allí aparece el elemento nuevo para la práctica teórica: no sólo se trata de descubrir lo universal concreto tras el universal abstracto, no sólo se trata de transformar lo actual, lo dado, lo ideológico, el elemento de la representación en la Idea, el problema, la estructura en la que está inserto y de lo cual emerge; sino que también es preciso hacer el camino inverso: dar cuenta del modo en que esa estructura efectivamente se actualiza, engendra lo actual, lo ideológico, la imagen de lo dado en la representación.

La contraposición entre estructura y génesis pierde sentido. Siguiendo el hilo del capítulo sobre la síntesis ideal de la diferencia en *Diferencia y repetición*, hay que observar que lo estructural no se opone a lo genético porque la estructura se define por la multiplicidad, es decir, como un mecanismo diferencial: la diferencia es su marca distintiva, es lo que organiza el sistema y, por lo tanto, el sistema queda abierto necesariamente a la irrupción de novedades estructurales, de nuevas formas de organización de lo múltiple. Deleuze dice que la génesis estática esclarece la noción de síntesis pasivas: “Génesis sin dinámica, que evoluciona necesariamente en el elemento de una supra-historicidad, génesis estática, que se comprende como el correlato de la noción de síntesis pasiva, y que aclara a su vez esta noción” (1968, p. 239). Hay que entender que, así como las síntesis pasivas del tiempo dan cuenta de una apertura esencial al porvenir (el porvenir constituye en efecto la tercera síntesis del tiempo), así también la estructura es necesariamente genética porque está abierta a lo nuevo. El carácter estático de la génesis da cuenta del carácter pasivo de las síntesis, pero el carácter temporal tendiente a lo abierto del porvenir de las síntesis explica el carácter genético de la estructura. La estructura es, en Deleuze, un conjunto disimétrico en desequilibrio y, como tal, está lejos de servir

como expresión de un conservadurismo que acentúa lo equilibrado. Lo estructural es la génesis de nuevas formas, de rupturas internas.

7. A modo de conclusión

A lo largo de este artículo nos introdujimos en la síntesis ideal de la diferencia, en el desarrollo de lo que Deleuze entiende por un pensamiento sin imagen. Esta síntesis nos exige examinar el pasaje de lo indeterminado a la determinación en el pensamiento. El ascenso del fondo, aunque disuelve las formas, alcanza por su propio movimiento, ciertas determinaciones ideales.

Para elaborar los conceptos que responden a ese movimiento de determinación, Deleuze apela a la filosofía kantiana. En efecto, vimos que, en la *Crítica de la razón pura*, nuestro filósofo encuentra ya una noción de lo indeterminado como Idea y como problema que se vuelve determinable y determinado. Lo indeterminado, la determinación recíproca y la determinación completa constituyen los tres valores lógicos que Deleuze toma de Kant, a la vez que propone pensar de un modo más radical la inmanencia del proceso en que se constituyen. Lo cual nos lleva al terreno del cálculo diferencial.

En la matemática de las diferenciales, Deleuze encuentra los conceptos fundamentales. En primer lugar, hay allí una afirmación de lo continuo como universalidad ideal. (El ascenso del fondo como indeterminado ya no se expresa, como en el primer capítulo el libro, como metáfora de terror, sino con funciones del cálculo.) En segundo lugar, en esa instancia universal se dan relaciones diferenciales, que constituyen el momento de la determinación recíproca. En tercer lugar, la interconexión de las funciones constituye un proceso serial, una génesis de discontinuidades, una distribución de puntos singulares y ordinarios en el continuo ideal.

En la exposición de estos momentos de la Idea, Deleuze da cuenta de lo universal en su carácter concreto. Primeramente, porque se compone de relaciones diferenciales: lo universal, lo continuo, comprende una multiplicidad de cambio de funciones que se generan en la determinación recíproca de los elementos. Y luego, lo universal es concreto porque comprende la distribución de puntos singulares.

Vimos que Deleuze lleva al campo de la elucidación de la noción de problema esta puesta al descubierto de lo universal concreto. Ciertamente, las condiciones de los problemas están constituidas por la distribución de los puntos singulares y regulares en la Idea. Lo concreto, pues, no llega recién con lo actual, con lo empíricamente determinable y medible, sino que es característico del elemento de lo universal. El problema, como universal concreto, trasciende los campos de resolubilidad que se constituyen en torno a las doctrinas científicas. Pero, al mismo tiempo, es inmanente a esos campos que constituye y en los que se expresa. Hemos visto, además, el procedimiento por el cual se constituyen esos campos de resolubilidad, que Deleuze expone valiéndose de los trabajos del matemático Galois. Se perfila así una determinación progresiva, que introduce el tiempo en la Idea.

El camino de lo indeterminado a la diferenciación, es decir, al modo en que se puebla de distinciones internas la Idea como problema es ya un descubrimiento del universal concreto, pero Deleuze emprende el camino de regreso a la representación: es decir, no sólo muestra la transformación de los universales abstractos en la construcción de universales concretos, sino que, además, muestra cómo es desde esas estructuras que se produce como límite, como resultado, el objeto dado que nos representamos como cosa en general. Así, el universal concreto es presentado como una *problemática* de la que surgen los *campos de resolubilidad* en los que se construyen las soluciones que dominan el ámbito de lo dado. Del mismo modo, el universal concreto es la *multiplicidad* como organización propia de lo múltiple y la *estructura* como sistema de conexiones múltiples que se encarna en lo actual. Es decir, tener una Idea, ejercer esa práctica de transformación de lo dado como generalidad en una singularidad universal es alcanzar una instancia en la que se organizan los elementos por su propia relación y que en su propio desenvolvimiento determinan la encarnación de lo dado. No se tiene una Idea si no se comprende la génesis de lo actual en la estructura.

Referencias

Abadi, D. (2018), *La teoría de la Idea en la filosofía deleuziana de la diferencia*, Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras: Universidad de Buenos Aires - École doctorale Pratiques et théories du sens: Universidad Paris 8 Vincennes-Saint Dennis.

Deleuze, G. (1968) *Différence et répétition*, París, PUF.

Díez Montoya, S. (2020), “La ontología de los problemas de *Diferencia y repetición*”, en *Universitas Philosophica* 74, año 37.

Dosse, F. (2004), *Historia del estructuralismo. Tomo I: El campo del signo, 1945-1966*, Buenos Aires: Akal, trad. María del Mar Llinares.

Ferreya, J. (2021), *Deleuze*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Galerna.

Ferreya, J.; Soich, M. (2014), *Deleuze y las fuentes de su filosofía*, Buenos Aires: La almohada.

Guadarrama González, P. (2007), “¿Ciencia o ideología? Estructuralismo y marxismo en Louis Althusser”, *Marx ahora*. La Habana. Nro. 23. págs. 61-77

Jones, G. Roffe, J. (2009), *Deleuze's philosophical lineage*, Edinburgh University Press.

Kant, I. (1978), *Crítica de la razón pura*, Madrid: Alfaguara, trad. Pedro Ribas.

Lautman, A. (1936), *Essai sur les notions de structure et d'existence en mathématiques*, París, Hermann.

Lautman, A. (1939), *Nouvelles recherches sur la structure dialectique des mathématiques*, París, Hermann.

Maïmon, S. (1790), *Versuch über die Transzendentalphilosophie*, Berlin, Voß.

Nietzsche, F. (1997), *Más allá del bien y del mal*, trad. Andrés Sanchez Pascual, Madrid: Alianza.

Pachilla, P. (2017), *La teoría de la sensibilidad en la estética de Gilles Deleuze y su articulación con la filosofía trascendental*, Tesis Doctoral en Filosofía, UBA-París 8, septiembre 2017.

Santaya, G. (2017), *El cálculo Trascendental. Gilles Deleuze y el cálculo diferencial: ontología e historia*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ragif.

Santaya, G. (2019), *Interferencias matemáticas en la obra de Gilles Deleuze: ontología práctica desarrollada more topológico*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras: Universidad de Buenos Aires.

Voss, D. (2013), *Conditions of thought. Deleuze and transcendental Ideas*, Edimburgo, Edimburgh University Press.